

TERCERA PARTE

TEORÍA GENÉTICA DEL CONOCIMIENTO: MODOS CASI LÓGICOS

CAPÍTULO V

SEGUNDA DETERMINACIÓN DE LOS OBJETOS-IMÁGENES: DUALISMO DE LO INTERNO Y DE LO EXTERNO

§ 1.º—*Progresión de lo interno y de lo externo.*

I. «SEPARABILIDAD» Y PERSISTENCIA DE LOS OBJETOS DE LOS SENTIDOS Y DE LA MEMORIA.—Acabamos de describir la evolución progresiva de la determinación psíquica en el paso de los objetos de los sentidos á los de la memoria, habiendo retenido nuestra atención dos corrientes interesantes de este desenvolvimiento: 1.º, aquello por lo cual la posibilidad de separar (*separateness*) un objeto de los otros y destacarle de ellos, determina, en dicho objeto, el carácter *representativo*; 2.º, aquello por lo cual la simple presencia del objeto determina en él, por medio de la *conversión*, el carácter de la persistencia. Bajo estos dos aspectos, el objeto de la memoria parece complementario del de los sentidos, y su papel en la génesis consiste en hacer pasar el objeto mental de un

modo anterior á un modo ulterior del desenvolvimiento psíquico.

Aquí, por consiguiente, desde el punto de vista psíquico, ningún nuevo factor de determinación entra en juego; los materiales, el método de organización, los atributos del objeto de la memoria, son los mismos que los del objeto de los sentidos: la única diferencia consiste en la sustitución del *control* mediato indirecto por el *control* directo ó inmediato precedente de lo exterior.

ESTOS DOS CARACTERES DESAPARECEN EN EL MODO DE LA IMAGINACIÓN.—En el sentido del desenvolvimiento que acabamos de examinar es, sin embargo, como se producen los modos nuevos de determinación del contenido mental. La separación que media entre el objeto de la memoria y el de los sentidos es el principio de un movimiento ulterior. El destacamiento progresivo de la imagen produce una especie de determinación en la cual desaparecen, no sólo la presencia actual, el coeficiente sensible propiamente dicho,—lo que hemos llamado el *control* externo ó heteronomo—sino también, y fuera de esto, el carácter de convertibilidad. La facultad productora de las imágenes da entonces origen á un *objeto* de la fantasía (imaginación pura) (*fancy*). Luego, en la determinación de este último objeto, aparece uno de los dualismos más esenciales del desenvolvimiento mental, el generalmente conocido con el nombre de dualismo de lo *interno* y de lo *externo*. Podemos, pues, tratar de esta determinación bajo el título: *Progresión de lo interno y de lo externo*. Tiene sus raíces en los dos caracteres particulares de los objetos de la memoria que ya hemos descrito y explicado.

2. I. LA QUIEBRA DEL COEFICIENTE SENSIBLE TIENE LUGAR EN PRIMER TÉRMINO.—El *destacamiento* del objeto de la memoria está implicado por ella. Este carácter (esta condición) de la determinación de los re-

cuerdos ha sido ya suficientemente indicado. Precede, necesariamente, al punto de vista genético, la progresión ulterior por la cual es eliminado también el factor del *control* mediato, puesto que por él desaparece, desde luego, la presencia actual del objeto con el *control* sensible que le es propio. No basta por sí mismo para conducir al dualismo de lo interno y de lo externo, porque la constitución de un objeto de la memoria normal y válida, garantiza siempre el coeficiente sensible con esta posibilidad permanente que se llama la convertibilidad; y todos los objetos así garantidos tienen para la conciencia la significación de los objetos percibidos por los sentidos. Por consiguiente, de una parte, la progresión nos introduce, enteramente desde luego, en la esfera del *control* subjetivo naciente, en tanto que éste es mediato. De otra parte, y debido á la impotencia con que actúa la memoria para reintegrar en su plenitud la experiencia sensible—esto es, en los casos de ausencia ó de ineficacia del coeficiente de la memoria—así es como se origina la distinción que separa de los recuerdos los objetos de la imaginación pura.

3. II DESPUÉS LA QUIEBRA DEL CONTROLE MEDIATO; CONFLICTO ENTRE LA SENSACIÓN Y LA MEMORIA.—La pérdida (la impotencia) del *control* mediato, está igualmente implicada. Lo que produce, á juicio nuestro, la fecundidad de la experiencia, en la cual actúa el coeficiente de la memoria, es la continuidad que existe entre ella y la vida sensible, y la intrusión de las experiencias nuevas que, aumentando continuamente en número, imponen una tarea siempre más pesada á los poderes de asimilación del espíritu. Puede uno confiarse al recuerdo; pero, al mismo tiempo, puede suceder que el recuerdo fiel no responda á las exigencias de la vida. Nuevos elementos penetran en la conciencia para modificar los modos de obrar de la memoria y descomponer el orden de los

recuerdos. En otros términos; el desenvolvimiento de nuevos objetos y de nuevos contextos sensibles (correspondientes á percepciones actuales) es contemporáneo de la determinación de los objetos de la memoria. Muchas veces el mismo objeto exige el concurso simultáneo de dos modos de construcción. El nuevo objeto procedente de la percepción puede no llenar más que imperfectamente la condición de posibilidad permanente que exige el coeficiente de la memoria, ó hasta puede rehusar obstinadamente el *formar enteramente parte* del contexto del recuerdo (*to be «init» at all.*)

ESTE CONFLICTO SE PRODUCE EN EL CASO EN QUE LAS TENDENCIAS ACTIVAS SON FUERTES.—Esto es lo que ocurre principalmente cuando un esfuerzo cualquiera, un interés ú otras tendencias, intervienen grandemente en la determinación del recuerdo. El espíritu aguarda tal ó cual objeto, y esta exigencia no es satisfecha por la conversión de la imagen en su coeficiente sensible. La conciencia se ve arrojada entonces en una serie de estados afectivos que han sido descritos por diferentes autores con los nombres de *suspensión de espíritu, perplejidad, duda, confusión ó vacilación.*

4. PROCESOS DESLIGADOS DE SU PUNTO DE TERMINACIÓN.—Si nos limitamos, por el momento, á considerar entre las progresiones implicadas en estos hechos las que se refieren al conocimiento (I), podemos demostrar la distinción que se establece ahora en la conciencia entre los casos en que el coeficiente del recuerdo, por mediación del *control* mediato, determina un verdadero objeto de la percepción sensible, y aquellos en los cuales el objeto de la memoria, aunque

(1) Véase más adelante, cap. XI, en la discusión del *modo de la creencia*, el testimonio ulterior de los diferentes aspectos efectivos de este hecho.

construido normalmente de la misma manera por medio del coeficiente y del *control* mediato, no es, sin embargo, valedero en el mismo sentido que en la primera hipótesis.

Para la conciencia, esta distinción no puede tener más que un solo sentido; no se presta á otro alguno. Significa que, en el primer caso, la acción del coeficiente en la memoria termina en un objeto de la percepción sensible, *cuya aparición, efectivamente, no era absolutamente cierta*; y que, en realidad, *es el fin del proceso y no el proceso sólo quien, finalmente, determina la naturaleza del objeto mental.* El proceso, en su conjunto, se encuentra así, en cierto sentido, separado de su fin. Hasta cuando la función está cumplida, hay en la conciencia, todavía, el sentimiento de la desconfianza y del descrédito posibles que se producirían si las construcciones de la memoria viniesen á tierra, y de la confusión y enredo que este golpe arrastraría consigo.

BIFURCACIÓN DE LO INTERNO Y DE LO EXTERNO.—La progresión que acabamos de describir nos da exacta cuenta de esta bifurcación ó división que, como consecuencia de ella, se produce entre el contenido mental ó el contexto compuestos de imágenes, y los objetos resistentes y más refractarios que la percepción sensible importa en la conciencia. Este es el *hecho-raíz* en la determinación de la distinción de lo *interno* y de lo *externo*. La oposición *en germen* entre el dato sensible y el interés, que encontramos en el modo de la sensación, adquiere en el referido *hecho-raíz* su desarrollo explícito. El interés—uniéndose ahora al contexto del recuerdo—viene á oponerse nuevamente á la estabilidad del coeficiente sensible y al *control* que él ejerce (I).

(1) Puede admitirse que muchas imágenes son consideradas como puramente imaginarias, en razón de su variedad, de su

EJEMPLOS SACADOS DE LOS SUEÑOS.—Creo que se puede demostrar que los hechos citados en las obras de los antropólogos y sociólogos para dar cuenta de este primer dualismo, envuelve, en cuanto son verdaderamente concluyentes, la progresión psíquica que acabamos de describir. El sueño, por ejemplo, es, sin duda, una fuente de asombro para el dormilón primitivo igual que para el niño. Pero si los procesos mentales del sueño pudiesen tener con la realidad un lazo efectivo de conexión continua, de tal manera que los objetos del sueño, cuando se recordasen, no chocaran con los detalles de la vida real, ¿por qué los sueños habían de diferenciarse de otros elementos psíquicos recordados por la conciencia? En efecto; el sueño se pone en conflicto á la vez con las construcciones regulares de la memoria y con las construcciones que se hacen presentes á la percepción sensible. Es porque el sueño es un ejemplo, quizá, más patente que el caso de delirio en estado de vigilia, de esta especie de oposición que se produce entre los motivos (factores activos) del objeto imagen que señalamos ahora. El caso de los sueños suministra también interesantes ilustraciones en la progresión ulterior *del alma y del cuerpo*.

5. PAPEL DE LA IMITACIÓN EN LA DETERMINACIÓN

carácter grotesco ó de su aparición accidental, y esto, indudablemente, es exacto en los modos posteriores. Pero, antes de establecerse el dualismo de lo interno y de lo externo, las significaciones que encierran las palabras *grotesco*, *aparición accidental*, etc., no son apreciadas por el espíritu. Es necesario que las nociones normales y sus significaciones se establezcan antes de que puedan ser reconocidas las desviaciones de la normal. El niño considera sus imágenes como cosas muy serias, y sólo poco á poco es como aprende que todo lo que piensa no es un hecho, que toda apariencia no es realidad, que algunos objetos deben dejarse á un lado como accidentales, porque no tienen contexto, y otros como grotescos, porque carecen en absoluto de sentido.

DE LO INTERNO.—El hecho importantísimo de la imitación, que el autor, lo mismo que otros escritores, han empleado en la explicación del desarrollo del conocimiento del yo en sus relaciones sociales, suministra también ejemplos del papel representado por este factor activo (*motive*) fundamental en el desenvolvimiento de los objetos de la imaginación. El niño imita el acto realizado por otro, y ejecutando así lo que no ha hecho más que observar, concluye por saber (y más propiamente diríamos *por sentir*) como aquél siente. Aprende así á distinguir el dominio de su propio sentimiento, del que experimenta directamente (de lo interno), del dominio más extendido de la experiencia presentativa (lo externo), dominio en que su propio sentimiento no había ni podía haber tenido lugar todavía. Esto es, á mi juicio, perfectamente verdadero, y un punto importante que debe señalarse, porque constituye un paso adelante hacia la aparición en la conciencia de lo *subjetivo* como tal: hecho del que hablaremos más adelante.

Es evidente, por tanto, que el hecho de que las dos especies de objetos son separables y la imposibilidad esencial de convertir uno en otro, conduce al niño á distinguir los dos dominios. Si se recuerda, bajo el coeficiente de la memoria, la experiencia imitativa en su propio curso y su propio contexto, el objeto sensible plenamente realizado sería para él el término de la conversión correspondiente á su recuerdo; pero este término no se realiza. En su lugar, encuentra la *imitación* (la copia) *interior* desligada del objeto—copia original. Sin este dualismo rudimentario, sin esta oposición del sentido y de la imagen, no habría en su pensamiento más que una pura sucesión de dos experiencias, de las cuales, una hubiera sido una tonalidad afectiva y la otra no. Solamente por razón de cierto contraste ó de oposición entre los coeficientes es como se produce en el caso en que la va-

lidez de la conversión no puede establecerse; solamente en estos casos exigen interpretaciones diferentes las dos experiencias. La imitación suministra una oposición de este género, porque, en cuanto no termina con la producción de un objeto sensible, es fecunda para este dualismo (el dualismo de lo interno y de lo externo).

El caso de la imitación ofrece todavía un interés particular en el que el recuerdo propiamente dicho adquiere conciencia de su carácter representativo. La imitación puede implicar, como hemos visto, la impotencia del coeficiente de la memoria y la de los sentidos para unir su actividad con el fin de producir una sola y única determinación. Hasta cuando el objeto es reintegrado con éxito, pero de una manera imitativa, no constituye, realmente, un objeto sensible con una existencia permanente. Este procedimiento del espíritu (la imitación) termina en un objeto mentalmente distinto y separado del objeto permanente que tiene su origen en el mundo exterior, y hemos visto que esto es lo que se produce también en el caso de la memoria. Sin embargo, la imitación difiere de la memoria en que apela al procedimiento de la conversión y le pone en práctica de una manera peculiar (1), dándole así una significación diferente en una progresión ulterior por la cual son determinados los objetos del modo de la simulación (*semblant mode*). Los objetos contruidos por la imitación son producidos de una manera que supone la conciencia y la elección; poseen los caracteres *experimentales* ó de simulación,

(1) Es lo que se llama el procedimiento *circular* de reintegración característica de la imitación. La diferencia consiste en que el recuerdo *llega* (*en algún modo de él mismo*) como un producto directo de la percepción sensible, y es comprobado por ella, mientras que el contexto imitativo *es conducido* por una acción que se identifica, hasta cierto punto, con el control subjetivo.

que describiremos más adelante. El objeto aquí es considerado, no como una cosa que *se nos impusiera*, sino como dependiente de *nuestra voluntad*. Esta distinción tiene grandísima importancia é interesa consignarla aquí para demostrar que el contexto representativo del recuerdo es otra cosa que el contexto de la imitación consciente tal como le encontramos en el modo que sucede á la memoria.

6. LO INTERNO Y LO EXTERNO SE EXCLUYEN MUTUAMENTE.—Dejando aparte otros factores aparentemente fecundos en el desenvolvimiento del dualismo de lo interno y de lo externo, podemos decir que este dualismo consiste esencialmente en *el acto de separar los procesos mentales de los fines á los cuales parece que deben conducir* (1). Lo interno es interior precisamente en la medida en que no es lo externo. Lo interno es el teatro de los sucesos cuasi psíquicos, y á su lado (fuera de él), hay otro teatro: el de los sucesos exteriores. *El dualismo es, desde luego, un dualismo de exclusión mutua*; ningún objeto puede ser á la vez interior y exterior, y esto confirma más nuestro parecer de que la línea de la exterioridad está ri-

(1) El proceso de la «introyección» (por oposición á *proyección*), tal como lo describe Avenarius, que ve en ella el método natural que debe seguirse para terminar en el dualismo de lo interno y de lo externo, es, indudablemente, real en el fondo. (V. *Dictionary of philosophy*, en la palabra *Introyección*). Por consiguiente, la manera imitativa de producir el *int.o.ect*—creamos esta palabra por analogía con *project*, empleada anteriormente—es, á juicio mio, primitiva y más fecunda que ninguna otra. La introyección asegura la producción de un estado mental que puede ser desligado, esto es, que puede alejarse ó ser alejado del objeto que pide su propia constitución. Nuestra opinión tiene la ventaja de descubrir la forma primitiva de esta separación, en la cual la vida ó la *experiencia* mentales son *internas* por completo (como sucede más tarde: véase más adelante el capítulo XI), sino solamente esta parte de la experiencia mental que, por su naturaleza misma, se resiste á una conversión completa y que está formada por los objetos de la fantasía (imaginación pura).

gurosamente determinada por el límite en que la acción del coeficiente sensible puede ejercerse eficazmente. Resulta necesariamente de esto que todos los recuerdos que llegan á la plenitud de la conversión y acaban en la reintegración completa de un objeto de los sentidos, pertenecen á lo *exterior*, aunque un observador extraño pueda reconocer allí construcciones particulares del individuo ó también ilusorias.

LO EXTERIOR ESTÁ CONSTITUIDO POR EL RECUERDO CONVERTIBLE.—En efecto; el papel del coeficiente de la memoria, cuando obra conjuntamente con el coeficiente de la percepción sensible, no es el de determinar un nuevo objeto, sino el de reconocer en una cosa exterior (verdaderamente una), los caracteres de la persistencia y de la recurrencia. Esto, sin embargo, por razón de las consecuencias que entraña con respecto á la teoría de la realidad, será estudiado en otra parte (1); aquí nos limitaremos á indicar que la línea de demarcación entre lo interno y lo externo no desaparece, como se supone frecuentemente, entre la percepción sensible y la memoria, sino entre el conjunto formado por la percepción acompañada de la memoria perfecta (2), y esta especie de pseudo-memoria (3) inacabada y que, por la razón misma de

(1) En la *Lógica real*.

(2) En mi terminología, una cosa se «cumple» (ó se acaba) en otros cuando llega á su estado final, á su punto de terminación, cuando le da plena y entera satisfacción.

(3) Este término recuerda el de *pseudo-existencia* que Meinong aplica en general á los objetos (*Gegenstände*) que no tienen realidad (*Existenz*) fuera de su presencia en el pensamiento. No apruebo, sin embargo, el empleo que Meinong hace de esta palabra, porque la connotación que la da envuelve en grado superior de desarrollo mental, el que yo llamo *modo de la sub tancia*, que se produce cuando hay un dualismo real entre el pensamiento y el cuerpo, cuando el dominio de lo interno ó de lo mental llega á ser todo también real en su propio sentido, como lo es, en el suyo propio, el dominio de lo externo ó del cuerpo, y pudiendo recibir uno y otro el atributo de

su ineficacia, se halla ahora transferida al dominio de la imaginación pura. Solamente más tarde, en un modo más desenvuelto, es cuando la línea de demarcación trazada ahora entre lo interno y lo externo es sometida á revisión, y cuando todas las imágenes, comprendiendo en ellas las de la memoria fiel, son colocadas en la clase de los hechos interiores.

§ 2.º.—*Naturaleza del objeto de la fantasía (imaginación pura).*

7 AL OBJETO DE LA FANTASÍA LE FALTAN EL «CONTROL» Y LA CONFIRMACIÓN.—El objeto de la fantasía—la cosa imaginaria—es algo así como lo que dicen las descripciones de los psicólogos: una pura creación desligada de lo que la rodea y que parece producirse accidentalmente. Le faltan á la vez las dos referencias que dan su fuerza al *control* mediato: el consentimiento interior y la confirmación que procede del exterior, le faltan igualmente. No se encontraría ninguna confirmación valedera en ninguna especie de referencia objetiva en razón de su impotencia para apelar eficazmente al coeficiente de la sensación (ó á cualquier otro coeficiente lógico ó de otra clase que se produzca en la conciencia más desarro-

la existencia sin la depreciación que aporta allí el prefijo *pseudo*. Esta depreciación se justifica, por el contrario, desde el punto de vista psíquico, desde el primer momento de la distinción de lo interno y de lo externo, porque esta distinción es entonces justamente debida á la impotencia en que se encuentra el mundo interior engrandecido para justificar sus pretensiones engañosas (*παῖδες*) á ser un mundo exterior. La última discusión de Meinong sobre las *Pseudo-objekte* se encuentra en sus *Erfahrungsgrundlagen unseres Wissens*, § 10. En la misma obra (§§ 15 y 16, se encuentra un nuevo desenvolvimiento sobre la referencia de las imágenes á lo interno ó á lo externo en *Einwärts und Auswärtswendung von Phantasieerlebnisse*.

llada). No existe, por consiguiente, el *control* exterior aparente que se ejerce sobre la imaginación. No existe del *control* interior, y también indirecto, sentimiento alguno de posibilidad de convertir á voluntad la imagen en algo más real que ellos, porque los casos en que un *control* semejante interviene han sido ya inscritos en la cuenta de la memoria. El dualismo de la imaginación consiste, como acabamos de decir, en la oposición de un proceso real del espíritu á un proceso irreal, alguna significación que estos términos puedan tomar más tarde; de tal manera, que el segundo de estos procesos sea libertado, por su definición misma, de toda ley, de todo *control*, tanto interior como exterior. Sus creaciones son extrañas, aisladas, fragmentarias, temporales; no son más que el desagüe de una ola de sucesos interiores.

8. LA IMAGEN PURA NO ES UN OBJETO DE INTERÉS NI ES RECONOCIDA COMO TAL.—Otra cosa debemos, sin embargo, observar, á propósito de estos objetos de la facultad de imaginar: lo que podría llamarse *su independencia mental*. Yo deduzco de ahí el hecho de que las disposiciones activas y las tendencias del interés no están puestas en movimiento por estas imágenes ni, en gran medida, implicadas en ellas. Nos reimos de los desatinos de nuestra imaginación, y declinamos toda responsabilidad en sus obras. Hay allí, por parte del centro psíquico, una indiferencia absoluta y una falta absoluta también de apropiación, que son debidas, indudablemente, en parte á la falta de la referencia subjetiva *mediata*, aunque no me parecen, suficientemente, aplicadas con esto. Son debidos también estos caracteres, en parte, á la separación radical con la vía real que produce la anulación de los coeficientes de la realidad. El desarrollo del interés, la formación de la costumbre, las tendencias de la actividad hacia tal ó cual experiencia, son ahí otros tantos factores de determinación de la vida

real con sus descalabros y sus triunfos. Pero los procesos que, por falta de asociación ó de *control*, son casi accidentales, tanto con relación al mundo exterior como al centro psíquico, no tienen ningún derecho á despertar en nosotros el interés (1).

ESTO CONDICIONA LOS DUALISMOS ULTERIORES.—Se juzgará de la importancia de esto más adelante,

(1) Desde el punto de vista psíquico, este hecho es, sin duda, debido, en gran parte, á la falta relativa de un contexto extendido ó á la discontinuidad de la imagen. Puede verse en toda su *intransigencia* considerando que nuestros sueños tienen un carácter hasta cierto punto adinámico (*a privativa*) y no están ligados á los movimientos apropiados del cuerpo. Lo que se llama la *dinamogénesis* no parece actuar tan delicadamente sobre las imágenes de los sueños como sobre las de la vigilia. Bradley ha discutido, hace algún tiempo, esta cuestión de una manera interesante (*Mind*, n. s., III, pag. 374). Recientemente, durante el curso de una grave enfermedad, he tomado algunas notas comparando, en este respecto, los sueños normales con lo que se producen durante una fiebre intensa. Durante la fiebre, me despertaba constantemente con los movimientos de los dedos, de los brazos, de los miembros en general, que cumplían fielmente las acciones sugeridas por mis sueños. Existía el contraste más grande con el sueño ordinario en el que los recuerdos no tienen más que excepcionalmente y con ocasión la plena fuerza dinamogénica necesaria para producir movimientos reales; si no fuera así, nuestro sueño sería interrumpido y sería imposible el reposo.

Desde el punto de vista psicofísico, este hecho indica que existe alejamiento, ausencia de conexión, al menos en la función, entre las acciones generatrices del sueño con la cabeza y los centros de descarga ó de emisión. Por lo tanto, nuestras teorías sobre la acción cerebral nos conducirían á pensar lo contrario. Nosotros deberíamos aguardar á que, cuando los procedimientos más elevados de asociación y de unificación, procedimientos inhibitorios y controladores del movimiento, están aniquilados y adormecidos, hubiese allí una descarga más rápida y más violenta de los circuitos nerviosos más automáticos y más aislados. Con todo eso, las conexiones entre los centros de imaginación y los centros de emisión parecerían muy internos y muy dinamogénicos en la vida, en el estado de vigilia y bajo la excitación artificial de la fiebre.

cuando aparezca un nuevo dualismo, el que separa el sujeto de sus objetos, ó el *yo* del *no yo*. El dualismo del *yo* y del *no yo* tiene sus raíces en el dualismo de lo interno y de lo externo, pero éste no es todavía aquél, y el carácter que presente lo interno de no ser determinado, ni como el *yo* (ya como interno), ni como el *no yo* (aunque sea objetivo), basta, por una parte, para impedir con exceso que nos precipitemos en la plena distinción entre el sujeto y el objeto, y, por otra parte, sin embargo, prepara la evolución futura. Así, el movimiento del péndulo va á las regiones que desconocen todo *control* antes de llegar á aquellas que el dualismo (del *yo* y del *no yo*) somete al *control* que le es propio. En la New-York de nuestros sueños, las calles están desembarazadas de policía molesta, con el fin de que pueda nacer la era nueva en que la ley inteligente y la rectitud cívica ejercerán solas y directamente su *control*. Así la ciudad interna se desliga de violencias brutales, con el fin de poder someterse más tarde al *control* de la verdad, que se da á sí mismo su ley, y á las ideas de la reflexión.

§ 3º.—*De lo interno como modo psíquico.*

9. CARACTERES DE LO «INTERNO». Puesto que la distinción de lo *interno* y lo *externo*, de la cual acabamos de ver que es característica de la facultad de construir las imágenes, cuando se ejerce bajo los aspectos genéticos de la memoria y de la imaginación, debe acompañar á todo el desarrollo mental, y es, por otra parte, el punto de partida de grandes dualismos ulteriores y otras distinciones importantes, conviene examinarlo más de cerca. Los hechos ya comprobados pueden formularse de una manera que interese más particularmente al dominio de lo *interno*; en cuanto á lo *externo*, la naturaleza se estudiará en

él más completamente en sucesivos desenvolvimientos (1).

Lo interno *no es lo externo*; esto quiere decir que el objeto interno es interior precisamente, porque la posibilidad de acabar en la objetivación le falta, desde dos puntos de vista esenciales, que ahora aparecen claramente.

I. LO INTERNO NO TIENE EL CARÁCTER DE LA CONVERTIBILIDAD.—Le falta, desde luego, desde el principio de su desenvolvimiento, *esta especie de contexto extensible y representativo* que hace posible la conversión. Esta ha sido por el espíritu como una cosa que no tiene punto de contacto con el conjunto de materiales ya solidificados en un sistema de objetos exteriores. *Puede, sin embargo, adquirir un contexto que le sea propio*, y este contexto puede desarrollarse largamente en la evolución particular al mundo imaginario. Pero entre este contexto y el sistema de las cosas exteriores ó el contexto organizado que se ha establecido bajo el *control* de la percepción sensible, no persiste menos, por alguna parte, una discontinuidad radical. Prodúcese entre ellos una ruptura brutal en los puntos en que el espíritu, apelando á la confirmación esencial que da á la imagen el contacto real del mundo real, no lo encuentra.

10. 2º NO TIENE EL COEFICIENTE DE LA PERSISTENCIA.—En segundo lugar, lo interno, como tal, no ofrece el carácter de «desligamiento» que garantiza *la persistencia de los objetos de los sentidos considerados como distintos y separados*. Hemos visto, tratando este asunto, cómo ocurre que un objeto, desde el momento en que está reconocido é identificado, no pue-

(1) Véase el capítulo X, sobre la *sustancia*, y el volumen sobre la *Lógica real*.

de ser una impresión fugitiva del pasado ni un estado momentáneo del presente, sino *alguna cosa que contiene del pasado al presente*; es decir, alguna cosa persistente. Al objeto de la imaginación le falta este carácter. Da como difiere del de la memoria—por lo menos hasta que se reconociese que éste también es una *imagen interior* en razón de su impotencia para introducirse por la asociación en el contexto de las cosas exteriores, á propósito de lo cual acabamos de decir que el espíritu le pone aparte, desde luego, como una imagen inconstante y fugitiva.

II. ...PERO ADQUIERE UNO P. R. SÍ MISMO.—Es interesante observar que los objetos de la imaginación tienen también *su manera particular* de adquirir el coeficiente de la persistencia. Encontraremos más adelante la naturaleza y las consecuencias genéticas de este hecho (1). Sin embargo, se puede señalar desde ahora que, desde el punto de vista teórico, parece necesario que una especie de persistencia se una al centro psíquico para hacer posible la función misma del reconocimiento, gracias á la cual la persistencia es atribuída á las cosas exteriores. Aunque esto sea verdadero, no resulta que esta persistencia teórica (exigida por el razonamiento) sea consciente en el proceso mismo del reconocimiento (2) ni que tenga los mismos caracteres que la cualidad á la que damos los mismos nombres en los casos de los objetos externos. En lo que concierne al primero de estos puntos, puede que no sea más que después de la formación, bajo el *control* del coeficiente de la convertibilidad,

(1) Cap. X, §§ 1 y 2.

(2) El *reconocimiento* es el género del que la conversión del recuerdo es una especie. Véase el desenvolvimiento sobre la *individuación*, cap. VIII, §§ 1 y siguientes. Las indicaciones que hacemos aquí sobre la *persistencia interior* serán desenvueltas en el cap. X, § 2.

de los objetos real y actualmente persistentes, como una cierta persistencia está también reconocida á los objetos de la vida interior, hasta cuando, como en el caso de los objetos de la imaginación pura, el coeficiente de la convertibilidad falta. Se podría, al parecer, inducir también que la persistencia interna es de otra naturaleza que la persistencia externa de este hecho de que la persistencia en el dominio interior no es atribuída á alguno de los diferentes objetos-imágenes tomados en particular, pero en el conjunto de este mundo interno en el interior del cual se representan las imágenes.

12. 3.º LO «INTERIOR» ES TRANSPORTADO POR EL PROCESO MENTAL AL FONDO DE ESTE PROCESO.—Otro carácter más positivo del objeto interior es éste: no teniendo existencia exterior, distinta y permanente, de complemento ulterior que puede realizarse por el desarrollo de un contexto, *es, en cierto sentido, retenido y transportado por el proceso psíquico que le ha dado origen y que le contiene en sí mismo*. Esto es cierto en el sentido algo grosero de que la imagen no es una cosa distinta del organismo del que la percibe, esto es, de este mismo. Las relaciones que el niño establece entre los objetos del mundo exterior descansan, en gran parte, sobre la presencia y la forma de su propio cuerpo. *La periferia de su organismo es para él el límite y el criterio de la exterioridad*. Es partiendo de su propio cuerpo como empieza á orientarse en el mundo y, en verdad, la experiencia misma por la cual aplica á las imágenes el coeficiente de la convertibilidad en objetos sensibles, no se produce más que gracias á los esfuerzos de exploración que conducen el contacto del cuerpo con los objetos exteriores.

SITUACIÓN ANORMAL DEL ORGANISMO INDIVIDUAL.—Verdaderamente, es este sentimiento de la presencia de la imagen compañera de la persona corporal y, en cierto sentido, interior á ella, al que parece reducir-

se, en este grado del desarrollo mental, la idea de poseer un objeto (psíquico) ó de llevarle consigo (*ownership or carried voithmeness*). Esto lleva, por otra parte, á colocar el cuerpo en una situación muy anormal y muy inestable; tan inestable, como que prepara una evolución decisiva hacia el dualismo del sujeto y del objeto. El organismo individual es algo del exterior, porque llena las condiciones que responden á los coeficientes del valor sensible actual, y de la persistencia de los caracteres en el acto del reconocimiento; por consiguiente es, por otra parte, en cierto modo, el sitio y el lugar (geométrico) de los objetos de la imaginación pura, que nosotros consideramos ahora como interiores. La solución de esta anomalía supone un desenvolvimiento más completo de un factor del orden social del que ya hemos distinguido los orígenes, y que lleva á describir nuevamente *lo interno, de manera que lo hace contener, no solamente los objetos de la imaginación, sino además ciertos recuerdos*. (Veáse el mismo capítulo, sec. 23).

13. 4.º LO INTERNO ENGENDRA LO «SUBJETIVO».— Nos encontramos ahora muy cerca de este carácter del elemento interior que se llama *la subjetibilidad* en el sentido más amplio de la palabra, y estamos en estado de discernir las condiciones genéticas de su aparición. Hasta aquí nos hemos ocupado únicamente de los procesos psíquicos en la obra sobre su propio contenido del momento. Desde el punto de vista psíquico, hemos sostenido que estos procesos eran pura y sencillamente lo que eran en efecto: los movimientos ó las series de movimientos de elementos contenidos en la conciencia. Desde este punto de vista, es imposible atribuir á los movimientos ninguna subjetividad intrínseca; por el contrario, lo que es subjetivo, es la manera con que el observador interpreta el proceso. Llega á ser, por consiguiente, muy interesante preguntarse cuándo y cómo un pro-

ceso subjetivo con relación á nosotros, *cuando le miramos desde el último punto de observación, que nos hemos podido elevar, se convierte también en subjetivo para él mismo*. La cuestión es ésta: ¿En qué momento se produce la subjetividad psíquica?

14. Debemos hacer observar, que como más adelante tendremos que plantear en oposición con esta cuestión la análoga de *¿quién?*, de *¿cuándo?* y de *¿cómo?*, á propósito de la objetividad psíquica, no tenemos por qué hacerla aquí. Porque el término cuya significación se opone en este modo á lo *subjetivo* no es *objetivo*, sino *externo*. Las significaciones de *subjetivo* y de *externo* se oponen en un dualismo anterior á esto de lo subjetivo y de lo objetivo.

PROGRESIÓN INDEPENDIENTE, TANTO DE LO «INTERNO», COMO DE LO «EXTERNO».—La antítesis de que nos ocupamos ahora, y que las dos cuestiones que acabamos de plantear sirven para definir, es la que se produce entre lo que es *interno* (en sí mismo) y lo que no lo es; *es una distinción entre lo interno y lo externo*. Es factible á cada uno de los términos de esta oposición; á partir desde el momento de su aparición en la conciencia, desenvolverá genéticamente de una manera relativamente independiente en los modos ulteriores. Lo interno se determina como *subjetivo* de la manera que ahora vamos á describir. La antítesis de lo interno y de lo externo no se conserva más que el tiempo que el último resto sometido al *control* de sus propios coeficientes de exterioridad. Más tarde, pierde estos coeficientes y viene á oponerse, *en un sentido completamente diferente*, á lo interno y á lo subjetivo en el modo particular de la *experiencia* ó de la *reflexión*.

LO «EXTERNO» NO ES LO MISMO QUE LO OBJETIVO.—Lo objetivo, cuando se lo considera desde el punto de vista psíquico, no tiene la misma extensión que lo externo. Todas las cosas exteriores, y cada una

de ellas en particular, se convierten, cuando se las considera como objetos psíquicos, en impresiones experimentadas por consecuencia de los estados internos. Todos los objetos del pensamiento son internos: entre ellos, algunos solamente presentan, además, el coeficiente de la exterioridad, definiendo el coeficiente de la exterioridad, cuya ausencia permite determinar, hasta cierto punto, la naturaleza del estado interno; *no tenemos todavía, por consiguiente, en modo alguno, definida ni deducida (derivada) la antítesis del sujeto y del objeto.* Efectivamente; lo interno, considerado como un estado subjetivo, desenvuelve de una manera considerable sus relaciones con lo externo o lo psíquico, antes de que éstos se acerquen mucho a la objetividad reflejada. Parece que un cierto desenvolvimiento de lo subjetivo, gracias al cual el contenido de lo interno llega a ser capaz de recibir una cierta determinación objetiva en cuanto contenido mental, es necesario para que se pueda producir el dualismo psíquico del sujeto y del objeto.

Importa también dirigir una mirada hacia atrás y tomar en consideración el sentido que reviste la exterioridad en los primeros modos dualísticos. Cuando era lo menor del mundo presente a la conciencia, significaba la pura y simple separación de los objetos psíquicos; por ejemplo, la separación que se introduce entre los objetos de los sentidos y de la memoria, por una parte, y por otra, el organismo individual, aunque éste sea también un objeto de percepción sensible y de recuerdo. Lo que produce la fecundidad de este caso particularmente significativo, es el hecho de que el organismo individual posee también caracteres personales que se agregan a él, por donde nace en el espíritu una ambigüedad que hace genéticamente necesaria la significación más completa atribuída, más tarde, a la exterioridad; la exterioridad por oposición a la interioridad.

15. LA EXPRESIÓN «REFERENCIA OBJETIVA» ES AMBIGUA.—Estas observaciones las hace necesarias la ambigüedad reinante, de la cual hemos hablado ya. La expresión *referencia objetiva* es empleada: 1.º, para designar la referencia esencial al conocimiento en sí, esto es, a la facultad de construir objetos de todas clases, haya ó no una referencia de orden mental implicando el dualismo del sujeto y del objeto. Pero esta misma expresión es ampliada también; 2.º, para designar una referencia de un tipo posterior: aquella en la que el elemento mental se refiere a un proceso del espíritu advertido (*aware of*) de la manera con que traza los contenidos psíquicos, objetos de la función de la cual es él mismo el sujeto. El examen de la producción y de la significación del dualismo de lo interno y de lo externo, en el cual acabamos de tratar, no implica que la significación de la referencia objetiva sea determinada de ninguna de estas maneras. El primer sentido es postulado al mismo tiempo que son postulados los procesos mismos del conocimiento; el segundo aparece más tarde, en la progresión del modo del *yo* y del *no yo*. Yo designaría este segundo sentido con las palabras: *referencia al objeto*, reservando la expresión de *referencia objetiva* para designar los caracteres que se refieren al conocimiento en sí (a la facultad de conocer), cualquiera que sea la parte en que las encontremos.

AQUÍ SE LA EMPLEA PARA DESIGNAR LOS CARACTERES QUE SE REFIEREN AL CONOCIMIENTO EN GENERAL. En el caso en que hay pura y sencillamente dualismo de lo interno y de lo externo, las dos especies de elementos contenidos en la conciencia son igualmente objetivos en el sentido de que son igualmente discernidos por la facultad de conocer; solamente cuando uno de estos grupos se atribuye las funciones de sujeto conociendo, por oposición, a todos los objetos del conocimiento, *exteriores ó no*, se produce en el espíri-